

Serenísima palabra

Actas del X Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro
(Venecia, 14-18 de julio de 2014)

La AISO en sus 25 años

Trevor J. Dadson

(Queen Mary University of London, UK)

La presidenta, Begoña López Bueno, me ha concedido el gran honor de abrir esta sesión de homenaje a nuestro querido colega fallecido Isaías Lerner con un breve retrato de la Asociación en sus primeros 25 años. Seguramente hay otros aquí que podían hablar sobre ello mejor informados que yo, pero como uno de los primeros afiliados a la AISO, incluso antes de que tuviera existencia real, algo podré decir del viaje, no siempre tranquilo, que ha hecho nuestra asociación desde Madrid 1987 hasta Venecia 2014.

Empezaré con la concepción, embarazo y largo parto de la AISO, que tuvieron lugar entre 1983 y 1987. La idea de formar una asociación dedicada al Siglo de Oro español provino de nuestros colegas franceses, quienes, en el vigésimo congreso de la Société de Hispanistes Françaises (SHF), celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid en la primavera de 1983, empezaron a dar vueltas a la idea. La concepción por tanto fue francesa. El presidente entonces de la SHF, Agustín Redondo, y otros colegas como Robert Jammes, Michel Moner o Marc Vitse, llevaban tiempo discutiendo la posibilidad de una asociación del Siglo de Oro siguiendo las líneas o pautas de otras asociaciones internacionales o nacionales, como la dedicada a los estudios medievales. En primer lugar hablaron de sus planes con colegas españoles como Aurora Egido y Pablo Jauralde, y luego contactaron con hispanistas dedicados al Siglo de Oro de otros países, entre ellos un servidor. Durante los siguientes dos o tres años asistimos al largo embarazo de esa criatura franco-hispana buscando respuestas a preguntas como qué tipo de asociación queríamos, con cuánta frecuencia se celebrarían congresos y dónde, quiénes podían ser socios y cuánto tendrían que pagar, cómo organizaríamos los estatutos, etc. etc. Todo ello, hábilmente conducido por Aurora Egido y Robert Jammes, padrinos de la criatura, dio lugar finalmente al parto largamente deseado, en el congreso inaugural de la AISO celebrado en Madrid-Córdoba en julio de 1987, bajo una CLO liderada por Pablo Jauralde Pou.

Quienes participaron en aquel primer congreso tendrán sus propios recuerdos; los míos se concretan principalmente en el tremendo calor (38º), con sesiones celebradas en el Ateneo de Madrid con sus butacas de terciopelo (¡perfectas para semejante situación!) y falta de aire

acondicionado; unas asambleas para aprobar los estatutos, elegir a los cargos y demás trámites que parecían eternas (recuerdo que la última terminó pasadas las diez de la noche), asambleas en las que todo el mundo quería hablar, participar, pelear, con Aurora Egido como maestra de ceremonias intentando conducir tan apasionadas discusiones. Por si fuera poco, al día siguiente, agotados, nos metimos en autocares que nos llevaron a Córdoba donde nos esperaban unos termómetros de ¡42º! También, por supuesto, tengo recuerdos muy agradables y positivos, como el enorme placer de conocer por primera vez a tantos hispanistas del Siglo de Oro que hasta entonces solamente eran nombres en una bibliografía, el compañerismo y el hacer amigos con siglodoristas jóvenes que ahora, un cuarto de siglo después, son investigadores establecidos y reconocidos. De aquel Congreso fundacional de 1987 salió elegido Pablo Jauralde como primer presidente de la AISO, aunque, como recordarán los que estuvieron presentes en el pasado congreso de Poitiers (2011), se reconoció retrospectivamente a Aurora Egido haber sido la primera pre-presidenta de la AISO y como tal se le nombró Presidenta de Honor.

Siguiendo el formato del I Congreso, el segundo, celebrado en 1990, también se repartió entre dos sedes, esta vez Salamanca y Valladolid. La experiencia, sin embargo, hizo que a partir de 1990 no se celebraran más Congresos compartidos, excepto el de 2002, entre Burgos y La Rioja, aunque allí el formato fue bastante distinto, ya que pasamos solamente un día, de ida y vuelta, en La Rioja, concretamente en el monasterio de San Millán de la Cogolla. Como habíamos percibido ya desde 1987, y se confirmó en 1990, la mayor parte de los participantes preferían leer su ponencia en la primera sede (Madrid, Salamanca) y solamente una minoría viajaba a la segunda, lo cual resultaba injusto y desalentador para los organizadores de esa parte final del Congreso. Se aprendió la lección y el tercer Congreso se celebró en una sede única: Toulouse, universidad del segundo presidente, Marc Vitse, elegido en Salamanca-Valladolid. Fue el de Toulouse el primer congreso de la AISO celebrado fuera de España y allí fue elegido presidente para el siguiente trienio nuestro homenajeado hoy, Isaías Lerner.

Los siguientes Congresos y sus presidentes electos fueron: Alcalá de Henares (1996), Ignacio Arellano; Münster (1999), un servidor; Burgos-La Rioja (2002), Sagrario López Poza; Cambridge (2005), Anthony Close (a quien homenajeamos en Poitiers); Santiago de Compostela (2008), Melchora Romanos; y Poitiers (2011), Begoña López Bueno.

De los diez Congresos celebrados desde 1987, cinco han tenido lugar en España y otros cinco fuera: dos en Francia, uno en Alemania, otro en el Reino Unido, y el que actualmente celebramos en Italia. Hasta ahora no hemos salido, pues, de los confines de Europa. Recuerdo vivamente las palabras de John Varey en 1987 recomendándome que hiciera todo lo posible para que la AISO no fuera una Asociación itinerante como la

AIH: a la vista de lo sucedido supongo que estaría al menos parcialmente satisfecho, pues hemos sido itinerantes, pero no tanto.

Uno, por supuesto, recuerda los Congresos con el agrado de ver a los amigos viejos y nuevos, de vivir el compañerismo, de conocer a gente nueva, de escuchar ponencias de todo tipo, pero el haber sido miembro de la Junta Directiva durante 12 años seguidos (1987-1999) y luego Presidente (1999-2002) te da cierta perspectiva sobre la Asociación y sus andaduras. En primer lugar, hay que destacar que nunca hemos sido una Asociación rica; de hecho, cuando yo cogí las riendas en 1999 me encontré con una Asociación al borde de la bancarrota, sin ni siquiera fondos para el día a día de cualquier organización profesional: papel, sellos, sobres, etc. Nuestro cometido principal era hacer un directorio de socios, pero ¿con qué medios? Sagrario López Poza, secretaria-tesorera entonces, y yo nos las vimos y deseamos para sacar a la Asociación a flote. El hecho de que tras nuestra etapa quedara una Asociación con fondos, incluso con superávit, fue toda una hazaña. Pero nuestra precariedad subrayaba un aspecto importante de la AISO: su no abundante número de socios, no como, por ejemplo, los tenía (y tiene) la AIH. Vivíamos al día, intentando sacar dinero de debajo de las piedras. No creo que esto haya cambiado mucho en la última década; de hecho, ahora es más difícil debido a la recesión y al colapso de las Cajas de Ahorros. Esto hace muy complicado el trabajo de cualquier Junta Directiva, y, en especial, de cualquier presidente o presidenta. La base financiera de la AISO es frágil, lo que puede poner en juego su independencia, haciendo que caiga en manos de personas que se presentan como salvadores de la Asociación pero que en realidad podrían ser sus verdugos.

Porque otro problema de la AISO que yo he visto y vivido de cerca y de lejos durante estos 25 años es la batalla que varios presidentes hemos tenido que librar para sacar a la asociación de la influencia de ciertos grupos de investigación con fines religioso-políticos. Como están muy organizados, vienen preparados a los congresos con la idea de colocar a los suyos en puestos clave y extender su influencia en la Junta Directiva. La gente normal piensa que la AISO es una Asociación científica y profesional que se reúne cada tres años para celebrar un Congreso sin otras miras que las establecidas en su normativa; y así debería ser, pero por debajo corren otros intereses, como estoy seguro de que otros ex presidentes podrían confirmar.

Por eso aplaudo la propuesta de modificación de algunos artículos de nuestros Estatutos, en especial, el nuevo artículo 4(a) que dice que «La Asociación no estará sujeta ni vinculada a ningún credo, partido o ideología de tipo religioso, político, sociológico, etc., ni tolerará que en su seno se desarrollen ni que en su nombre se expongan o defiendan doctrinas fuera de las científicas que atañan a los fines para los que ha sido exclusivamente constituida». Espero que todos los socios sensatos reunidos aquí en Venecia

apoyen tal modificación. Por mi parte les puedo asegurar que es bien necesaria: de hecho, más que necesaria, es imprescindible si queremos que la AISO dure otros 25 años.

Sé con certeza, y con esto termino, que si estuviera presente aquí con nosotros hoy día mi querido amigo Isaías Lerner, él sería el primero en defender la necesidad de incorporar este nuevo artículo a los Estatutos de la AISO. Con su fallecimiento la AISO ha perdido uno de sus socios más decentes, morales, buenos y altruistas, además de una de sus voces más inteligentes. Isaías Lerner era uno de los mejores hispanistas que he conocido, mejor aquí no solo en el sentido intelectual, sino también en el sentido inglés de *a good man*, un caballero, un gentilhomme, con un sentido del humor tan fino y un despliegue de ironía tan sutil que dejaba a más de uno desorientado. Ahora más que nunca la AISO necesita de hispanistas como Isaías si quiere perdurar. Nos toca a nosotros aquí reunidos no defraudarle.

Gracias por su atención